

ison, Tom Lathrop's 2007 translation contains more than 1,000 footnotes, and James Montgomery's 2009 translation has more than 300 footnotes. Without footnotes, the reader, regardless of his or her academic pedigree, may wonder at one point or another about the more than eight hundred literary, legendary and biblical characters, the historical figures, the books, and the geographic locations that Cervantes cites. Furthermore, the inclusion of footnotes that explain, for example, references to distance or to currency ("reals" and "quartil"; 449), might have mitigated the reader's inability to understand certain anachronistic vocabulary.

Borders Classics' decision to publish an English translation of *Don Quijote* is certainly worthy of appreciation; any effort to ensure the literary legacy of Miguel de Cervantes and of his masterpiece is a valuable endeavor. While I do not recommend that a teacher or a scholar use Borders Classics' translation of *Don Quijote*, it does enable the first-time reader of the novel to glean its literary importance and to justify its inclusion in the Borders Classics series of great works of literature.

MICHAEL J. MCGRATH  
Georgia Southern University  
mmcgrath@georgiasouthern.edu

Francisco Vivar. *Don Quijote frente a los caballeros de los tiempos modernos*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2009. 184 pp.  
ISBN: 978-84-7800-255-9.

Hay libros pensados para el estudio y otros escritos para la lectura, y a la sombra del *Quijote* se han compuesto sinnúmero de los unos y los otros. El de Francisco Vivar más se inclina al segundo, por más que se presente acompañado de un amplio aparato eruditio. Pero es que al lado de la bibliografía crítica brillan con más luz las continuas referencias a poetas, escritores y ensayistas, como Kundera, Gil de Biedma, García Márquez, Octavio Paz y, sobre todo, Elias Canetti, pues no en vano cada capítulo del libro se abre con una cita suya, que ilumina el espíritu y la intención que lo guía.

Los senderos intelectuales de Francisco Vivar lo han llevado a transitar entre Quevedo, Pérez de Montalbán y Cervantes. Al primero dedicó su monografía *Quevedo y su España imaginada* (2002), que recogía los frutos de una tesis leída en la Universidad de California, Los Ángeles; el segundo ha dado lugar a algún notable artículo; mientras que la obra cervantina es el objeto de trabajos como *La Numancia de Cervantes y la memoria de un mito* (2004) o de este *Don Quijote frente a los caballeros de los tiempos modernos*, que publican las Ediciones Universidad Salamanca con un formato que invita gratamente a la lectura.

El libro presente parece tener su embrión en varios artículos precedentes, en especial, «Las bodas de Camacho y la sociedad del espectáculo», que salió en el número 22 de *Cervantes. Bulletin of the Cervantes Society of America* (2002), y «El Caballero del Verde Gabán y el Caballero de los Leones: la plenitud del encuentro» (2004). A partir de esos primeros tanteos, Francisco Vivar ha construido una lectura de la segunda parte del *Quijote* en la que el protagonista va definiéndose a sí mismo en el reflejo de otros cinco personajes, que corresponden a otros tantos capítulo del libro: don Diego Miranda, Camacho el rico, los duques, Roque Guinart y don Antonio Moreno. De esta nómina sólo falta una figura tan singular como Sansón Carrasco, el caballero de los tiempos modernos con quien más abiertamente se enfrenta don *Quijote* y para quien Cervantes reservó el privilegio de abrir y cerrar las aventuras de 1615.

En el recuento de Francisco Vivar, el primer caballero moderno que sale al encuentro de don *Quijote* es el del Verde Gabán. Casi al tiempo que topa con don Diego Miranda, el manchego obtiene una dudosa victoria frente a unos leones enjaulados. Es entonces cuando ambos personajes se miran a los ojos. En apariencia, son iguales en edad y costumbres, pero uno de los dos hidalgos ha dado en dejar de ser él mismo para convertirse en caballero andante, mientras que el otro se mantiene en su casa, ocupado en la educación de su hijo y en la gestión de su hacienda. La de don Diego es una vida acomodada, que se convierte en emblema de la nueva burguesía que se va asentando en el entorno del poder como clase ocupada en la administración del Estado. Frente a la vida sosegada de los Miranda, padre e hijo, don *Quijote* todavía se siente firme para defender con entereza su elección vital.

El siguiente caballero es curiosamente un villano, al que el dinero ha puesto en un sitio que poco antes le hubiera estado vedado. Cuando el Antiguo Régimen se desmorona, Camacho ha encontrado en la riqueza su razón de ser ante sí mismo y, sobre todo, ante los demás. Entre otros, ante los padres de Quiteria, que inmolan a su hija en el altar del beneficio, pues, al fin y al cabo, la joven es sólo un adorno más en el aparato público de Camacho. El papel de su

hermosura no dista mucho del de esos innumerables cocineros, todos limpios, diligentes y contentos, que Vivar ha querido subrayar lúcidamente como «imagen de los nuevos tiempos y de una clase social que se define por la ostentación» (p. 53). Si el elástico Sancho toma de inmediato el partido del rico, su amo se espanta de tanto exceso y opta por quedarse voluntariamente al margen. Sin embargo, en cuanto la ocasión se ofrece, no duda en salir al quite de los amores verdaderos de Quiteria y Basilio, aun cuando éste disfrute de más ingenios que bienes.

Al hidalgo asentado y al pomposo villano, le siguen unos duques tan ricos y nobles como ociosos. Los tiempos de cambio también han alterado la vida de estos aristócratas hasta degradarlas, convirtiéndolos en representantes de una nobleza que va perdiendo poco a poco sus funciones, que se siente cada vez más lejos del poder y que, tanto en lo político como en lo económico, se ve sobrepasada por las nuevas clases. Su única ocupación real es el ocio y acaso por eso pretenden convertir a don Quijote en objeto de sus burlas, aun a costa de gastos desmedidos. Tras muchos avatares, el caballero logra escapar tiempo de la trampa y vuelve a su camino con su famoso canto a la libertad, que el autor interpreta como «un acto de resistencia del caballero a lo que amenaza con destruir su significado; representa la reappropriación de su humanidad plena» (pp. 98-99).

Roque Guinart es el cuarto caballero de estos tiempos modernos y, según Vivar, un «alma gemela» de don Quijote (p. 118). El bandolero es un héroe problemático, inventado por otros, que vive en un laberinto del que aspira a salir, para poder seguir una existencia propia y ajena a la fama que lo empuja a ejercer una vida que no es la suya. Es esa complejidad la que hace de él un verdadero héroe moderno, en el mismo sentido que lo es don Quijote. En el otro extremo estaría don Antonio Moreno, amigo de Roque y el más hondo antagonista del caballero. Don Antonio encarna la modernidad por excelencia, está inserto en la realidad de una ciudad, vive en la permanente actividad del pragmatismo y sabe manejarse en los entresijos del mundo nuevo. Frente a él, don Quijote no sabe cómo actuar, queda al margen y apenas se mantiene como personaje al fondo. Si frente a don Diego Miranda o frente a los duques, don Quijote se resiste y sale a recobrar su libertad perdida, en Barcelona se resigna y da un paso atrás. Lo que seguirá es la derrota ante el Caballero de la Blanca Luna y la vuelta a casa, en busca de la persona que había sido. Como resume Vivar, «es el regreso a la unidad del ser, la vuelta para reconciliarse con el que ha sido antes» (p. 135).

A ese retorno se dedica el último capítulo del libro, cuyo sujeto es Alonso Quijano en persona. Entiende Vivar que el proceso de disolución de don Quijote como invención de sí mismo está íntimamente unido a la progresiva

degradación de Dulcinea como ideal. Desde el encuentro con la aldeana en El Toboso hasta la visión en la cueva de Montesinos, la realidad más cruda se va imponiendo, y, al final, el caballero se mostrará incluso incapaz de defender el nombre de su dama ante el de la Blanca Luna. Es el momento del reconocimiento final, pues «en este duelo se le ofrece a Don Quijote un Espejo con la más Blanca Luna para que el hidalgo pueda ver su propia imagen, conocerse y ser él» (p. 146). Don Quijote volverá a ser Alonso Quijano y terminará por aceptar con dignidad la muerte. Entendido de ese modo, el *Quijote* de 1615 sería un proceso de autoconocimiento del protagonista en el espejo de los personajes con que se va encontrando. Esos cinco caballeros representarían distintas facetas del mundo moderno con el que el andante imaginario se enfrenta: «...cada encuentro pasa a formar una parcela de la propia personalidad de don Quijote. Es decir, los nuevos caballeros son el instrumento para reconocerse a sí mismo y frente a los cuales se autocontempla el caballero andante para al final poder reafirmarse como Alonso Quijano» (p. 163). La solución final será la aceptación de su identidad original en el mismo momento de la muerte.

De acuerdo con los planteamientos de Francisco Vivar, Cervantes habría compuesto «la segunda parte de su novela como una secuencia de encuentros entre don Quijote y los distintos tipos de caballeros contemporáneos del hidalgo. Estos caballeros, paralelos a don Quijote, nos permiten ver una manera nueva de construir el personaje por parte del autor y una manera nueva de acercarse al personaje por parte del lector» (p. 121). Esta propuesta de lectura acaso parezca demasiado moderna y fruto de un conciencia narrativa, que, a mi juicio, no es tan característica de Cervantes como de otros contemporáneos. Piénsese tan sólo en el autor del *Lazarillo* o en Mateo Alemán. Estoy convencido de que el *Quijote* fue más un libro más hallado que pensado; y si hubo plan previo para alguna de sus partes, circunstancias sobrevenidas, como el ataque de Avellaneda, lo cambiaron casi por completo. Aun así, lo atractivo de este *Don Quijote frente a los caballeros de los tiempos modernos* está precisamente en su modernidad, en la proyección que hace de la novela de Cervantes hacia el presente. Francisco Vivar no se ha limitado a ofrecer su particular lectura del *Quijote*, sino que ha sabido trasladar las moralidades cervantinas hacia nuestras propias existencias; y todo ello envuelto en una escritura ágil y grata al pensamiento. No es poca la labor, y los lectores del libro sabrán agradecerlo.

LUIS GÓMEZ CANSECO  
Universidad de Huelva  
canseco@uhu.es